

EL ABRAZO Y LA CONSTITUCIÓN DE LA PROPIA IDENTIDAD (En un inicio y en el análisis)

Ximena Sologuren*

El abrazo materno y el canto de las sirenas

Me imagino los momentos más plácidos de un bebé en los brazos de su mamá. Intuyo un momento de satisfacción plena, una escena relacionada con ese comienzo de la vida en que el desvalimiento humano es tan extremo que invita a quien se haga cargo a dedicar casi todos sus recursos a atender al bebé. Pienso en el narcisismo primario que describe Freud (1914), ese estado en que el bebé puede dejarse estar en la satisfacción de sus necesidades, sin enterarse de que es otro el que provee los cuidados que sostienen su bienestar, sin distinguir siquiera que hay un yo y un no-yo en la escena. El deseo no es necesario porque las necesidades han sido colmadas (Barthes, 1977). Y la experiencia sensorial es directa, pues aún no está mediada por las palabras. Lo imagino como un tiempo infinito y sensual, como un tiempo de ilusión y completud. Es el tiempo del abrazo materno.

No es difícil imaginar el poder seductor de ese momento de ilusión con la madre o la atracción que seguirá ejerciendo sobre nosotros a lo largo de nuestras vidas. Recuerdo un juego con mi hijo que consistía en expresar nuestro deseo de quedarnos abrazados para siempre. El juego fue evolucionando a lo largo de sus primeros años. “¿Y si no te vas nunca?”, preguntaba él. “Ya”, respondía yo, mientras una sonrisa traviesa iluminaba toda su cara. “¿Y si llama un paciente?”, “No le contestamos”, “Y si nos da hambre”, “Aquí nos quedamos”.

Barthes (1977) nos alerta de los peligros del abrazo y de la necesidad de que este termine. Precisa que, en ese abrazo —que luego será el de los enamora-

* Candidata de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Miembro del equipo de Comunidad y cultura de la SPP. Psicoterapeuta psicoanalítica por la Escuela de Psicoterapia Psicoanalítica Clínica y Aplicada (EPCA). Licenciada en Humanidades con especialidad en Psicología Clínica por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Estudios en Lingüística y Literatura en la PUCP. Psicoterapeuta y docente. Ha realizado intervenciones en el ámbito comunitario.

<ximenasolo@gmail.com>

dos— se han detenido el tiempo y el movimiento. Habla de “la voluptuosidad infantil del adormecimiento” (p. 29). Algo debe terminar allí para que se reactive el movimiento, deben sentirse la diferencia y la falta para que puedan surgir el desarrollo y el deseo. Solo tomando distancia del abrazo materno, el niño y la niña podrán salir al mundo y vivir en el mundo (M. de Azambuja, 2021)¹: conocerlo, aprender a negociar con él y a convivir con otras personas. El camino de salida del abrazo no se construye en un día, aunque para Barthes (1977) será la genitalidad la que termine de interrumpirlo, la que termine de obstaculizar ese entrelazamiento idílico entre madre y bebé.

En este punto, los franceses hacen un aporte fundamental al recordarnos el lugar de la sexualidad y el deseo de la madre en la escena con el bebé. Laplanche (1987) menciona que la madre encontrará, en el abrazo con el hijo, una vivencia de completud que colme antiguos anhelos. Y a partir de allí, desarrolla su “teoría de la seducción generalizada” (p. 93). Para empezar, le parece importante notar que serán los cuidados corporales que ella le procure al bebé los primeros que estimulen las zonas erógenas del infante. Por otro lado, nos recuerda que, en esos primeros encuentros, entran en juego no solo los aspectos infantiles del niño, sino también el inconsciente adulto, la sexualidad adulta y el lenguaje adulto de la madre. Es en ese sentido que Laplanche sostiene que la madre le presenta a su hijo una comunicación enigmática e inconsciente que excede las capacidades de este y que le exige un trabajo de comprensión que echará a andar el desarrollo de su psiquismo.

Casas de Pereda (2001), en un artículo en el que pone a conversar las teorías de Winnicott con las de Lacan, relaciona la “preocupación maternal primaria” (Winnicott, 1958 p. 399) con el deseo fálico de la madre bien descrito por la escuela francesa. La vivencia materna del bebé como algo que la completa alimenta la ilusión de que todo lo tiene y nada le falta. Allí puede ella engañar a su deseo y no es difícil imaginar la tentación de ella también por extender ese tiempo de mutua ilusión —de “incesto prorrogado”, dirá Barthes (p. 29)— con su bebé.

Podemos suponer que cada quien encuentra sus propios modos de relacionarse con ese abrazo materno, con la seducción que esconde y con esa especie de “paraíso perdido” en el que se convierte. En distintos momentos, uno puede verse y ver a los otros batallando con el anhelo de volver a ese abrazo.

Al pensar con un paciente en lo que él sentía cuando se enamoraba, evocamos el vértigo que sentían los marineros al encontrarse con las sirenas en altamar. Como ellos, él experimentaba la sensación de estar frente a una criatura extraor-

1. M. de Azambuja en conversación del Grupo de estudio *La vida en movimiento*, noviembre de 2021.

dinariamente ideal. Esa sensación estaba siempre acompañada por el miedo a perder la cabeza, a sumergirse en un amor perfecto y olvidar todo lo demás. Qué importante era resistir la tentación del “dulce canto de las sirenas”, de un amor que prometía ser ideal y que, al mismo tiempo, podía ser fatal.

La vivencia de la falta y la salida al mundo

Freud mismo (1914) describe minuciosamente lo que debe ocurrir para que nos alejemos del narcisismo primario. Es indispensable salir paulatinamente del estado de indiferenciación con la madre y de la satisfacción más plena de las necesidades. Solo así, podrán llegar la renuncia a la omnipotencia y la posibilidad de desplazar una parte de las pulsiones hacia el mundo y sus objetos.

Se entiende aquí la importancia que le da Freud al complejo de castración (Freud, 1914). Hoy se discute mucho sobre los roles y las valoraciones que se han atribuido a lo masculino y a lo femenino a lo largo de la historia. Se denuncia el claro predominio que han tenido las características masculinas sobre las femeninas. Pienso que, en eso, Freud fue un hijo de su tiempo: que construyó su teoría psicoanalítica desde una perspectiva propia de su momento histórico. Tal vez, los que le reclaman otra cosa esperan más de él que sus propios seguidores. Sin embargo, el valor del complejo de castración no reside en la literalidad de si se posee o se envidia un pene. Lo más importante se encuentra en otra parte. Se trata de asumir la diferencia de los sexos y de comprender —hombres y mujeres— que no lo tenemos todo, de experimentar que algo nos falta y que otro puede tener eso que nosotros no tenemos. Ese aprendizaje materializa una renuncia narcisista que nos invita a movernos por el mundo y a relacionarnos con los otros desde un nuevo lugar. El complejo de castración —o como prefiramos llamarlo— nos convoca a alejarnos del narcisismo. Invita al yo a desarrollarse y a echar a andar todas las negociaciones que le corresponden.

Hay que decir que ya Freud alertaba que la renuncia al narcisismo nunca sería completa (Freud, 1914). Una parte del amor narcisista inicial se desplazará a la construcción del ideal del yo, esa instancia que se forma a partir de las aspiraciones transmitidas primero por la madre, luego por el padre y más adelante, por otros representantes de la cultura. En ese ideal, encontrarán un nuevo refugio todas las aspiraciones de perfección propias del narcisismo inicial. Chasseguette-Smirgel (1973) recuerda que el deseo de perfección propio del ideal del yo esconde la añoranza por la más temprana relación con la madre: remite a ese tiempo en que tanto la madre como el bebé tuvieron la ilusión de estar completos y en perfecta armonía. No obstante, es importante recordar que el ideal es el lugar donde todo puede

ser, pero nada es todavía (M. de Azambuja, 2021)². Chasseguette-Smirgel (1973) explica que el deseo de perfección del ideal del yo está siempre en tensión con el deseo de explorar el mundo, que inevitablemente involucra imperfecciones y frustraciones.

Me acuerdo aquí de otro paciente. Su paso por la adolescencia alimentaba su sensación de que todo era posible: casi todos los caminos estaban abiertos y podían ser tomados por él. Yo misma podía saborear lo delicioso de ese momento suyo. Mientras su análisis avanzaba, pudimos notar la fuerza de atracción que ejercían sobre él sus elevadas aspiraciones e ideales. Poco a poco, notamos que eso se relacionaba con una cierta dificultad para salir de su mente y arriesgarse a vivir. Tal vez por eso, nunca estudiaba tanto aunque lo académico le encantara. De repente por eso, nunca le gustaba nadie ni iniciaba relaciones en las que se jugara todo lo que se jugaban sus amigos por esos días. Empezamos a entender cuánto le provocaba esquivar la cuota de movimiento, negociación y renuncia que requiere aprender de la experiencia.

Por otro lado, este paciente percibía muchas de las tareas que debía hacer como interrupciones a lo que “debería” ser su tiempo, como si aspirara a vivir en un estado de satisfacción permanente, en un tiempo de diversión que no termine jamás. Aquí me parece precisa la explicación que hace Freud (1915) cuando comenta que, desde un lugar teñido por el narcisismo infantil, el mundo exterior puede ser percibido como hostil, en la medida en que es proveedor de estímulos que exigen un trabajo y demandan una respuesta. Creo que era desde una franja narcisista que, para este paciente, hacer algún trabajo escolar o atender un resfrío se convertía en una carga excesivamente inoportuna y pesada. Se hacía necesario tomar un poco de distancia de sus aspectos más narcisistas para salir a vivir experiencias con un mayor grado de libertad.

Los inicios del yo y sus posibles fisuras

El tránsito por el abrazo materno ilustra bien lo relacionadas que están la vivencia de la alteridad y la construcción de la subjetividad. Se trata de temas de fundamental importancia, pues se relacionan con el modo en que terminamos vinculándonos tanto con nosotros mismos como con los otros. Green (1999) nos recuerda que, hijo del ello, el yo es portador de una existencia que va mucho más allá de la tarea de adaptarse a la realidad. Por eso, nos invita a seguir estudiando las relaciones y los límites que establece el yo con el objeto. Y también, la relación del yo con los mecanismos que afectan su unidad.

2. M. de Azambuja en conversación del Grupo de estudio *La vida en movimiento*, noviembre de 2021.

Distintos autores han estudiado problemáticas cuyos orígenes parecen remontarse a ese tiempo inicial de la vida humana. Muchos han reparado, por ejemplo, en las situaciones, los estados y las organizaciones fronterizas. En ellos, se encuentran sensaciones de desamparo y de vacío, sentimientos intensos y cambiantes, imagen de sí mismo y relaciones inestables, aspectos autodestructivos, tendencia a la impulsividad y algunos episodios de ideas paranoides (Asociación Americana de Psiquiatría, 2013). Vivimos en un tiempo en el que es frecuente observar estos aspectos tanto en el plano individual como en el colectivo. Se presentan como problemáticas habituales en la consulta privada y los observamos a diario en los discursos polarizados de los actuales políticos. Para Green (1999), el problema nuclear de los estados fronterizos se relaciona justamente con la instauración del yo y los mecanismos que afectan su unidad.

Por su parte, Rousillon (1991) explica que las organizaciones fronterizas se construyen sobre las dificultades en la diferenciación yo/no-yo. Esas dificultades derivan para él en una organización particular del proceso primario y secundario que produce alteraciones en varios criterios diferenciadores. Por ejemplo, la vivencia del tiempo típica del proceso secundario, en la que prevalece una lógica secuencial y cronológica, cede el paso en estas organizaciones a tiempos que se traslapan en función de otros criterios como “el retorno diferido de lo mismo” (p. 268). La falta de diferenciación entre identidad de pensamiento y de percepción lleva a tratar algunos pensamientos como percepciones y viceversa. Y la lógica de la no-contradicción y de causa-efecto que priman en el pensamiento neurótico —y que son necesarias para que se instale el conflicto— permanecen sometidas a lógicas más paradójicas en que los contenidos se fragmentan o se apelmazan sin que sea posible ordenarlos. Estas ideas me hacen pensar en ciertos estados en que los tiempos, los personajes y los lugares pueden traslaparse o condensarse hasta despertar una significativa desorientación.

Widlöcher (1999) opina que el clivaje es el mecanismo principal en las organizaciones fronterizas. Piensa que este clivaje es distinto al del fetichismo y la psicosis que describió Freud (1940), pues aquí la renegación no se aplica a la realidad externa. Más bien, “la división crea dos evidencias subjetivas contrarias” (Widlöcher, 1999 p. 71). De ahí que no haya alucinación, pero sí un constante teñir la realidad con los colores de los sentimientos polarizados vigentes en cada momento. Widlöcher se pregunta qué es lo que se divide, más allá del amor y el odio —que es lo que ya sabemos... ¿serán las pulsiones?, ¿los objetos internos?, ¿los externos? Su respuesta es que el clivaje, en estos casos, no es un mecanismo cualquiera, sino una operación estructurante del psiquismo. Se dividen los aspectos parciales del sujeto y del objeto que no se logran integrar ni domesticar. No se accede a una ambivalencia que los haga más tolerables, y la actividad mental queda a merced de aspectos crudos, poco matizados y salvajes —podríamos

decir— que despiertan las más intensas pasiones. Es el universo de lo primario que tan bien describió Klein (1946) y que entraña una especie de círculo vicioso, en el que se debe seguir dividiendo y proyectando para esquivar las amenazas que se alzan en el mundo interno.

Cuando empecé a trabajar con Alicia, pronto me encontré con distintos “modos” suyos desfilando por nuestras sesiones. Cuando estaba en el “modo-bien”, a Alicia se le ocurrían un montón de ideas y proyectos. Trabajaba sin parar y podía olvidar comer, dormir y hasta ir al baño por muchas horas. Una sensación de posibilidad llenaba su cuerpo y se imaginaba haciendo cosas increíbles. Por otro lado, el “modo-mal” era el lugar de todos sus miedos, muchos de ellos sin forma clara ni nombre. Cuando se encontraba ahí, Alicia veía pasar el desfile de todo lo que estaba mal en ella y el mundo. Le faltaban las fuerzas y las palabras. Se sentía opaca, insignificante y sin nada que decir. Un deseo de muerte inquietante la empezaba a rondar. Eran momentos en los que solía retirarse. Poco a poco, modos más específicos suyos fueron presentándose en mi consultorio —y es que la necesidad de dividir puede seguir extendiéndose al infinito—. Me encontré con lo que llamé su “modo-*hard-candy*”. Lo vi bien condensado en algunas canciones que ella escuchaba: tenían melodías elementales, eran cantadas por chicas que sonaban como niñas y en sus letras se sucedían el erotismo, la violencia y la muerte. También estaba su “modo-placer”. Alicia temía entregarse a él y no poder parar ni regresar. Hablando de eso, evocamos alguna vez la isla del placer de Pinocho, ese lugar primero seductor y luego grotesco en el que los niños podían entregarse a la satisfacción de todos sus deseos sin notar que, a cambio, irían perdiendo su humanidad.

Podría continuar, pero creo que la idea va quedando clara: Alicia tenía varios modos y, cuando estaba funcionando en uno, los otros no existían. Hay un aspecto económico importante aquí: estar en un modo implicaba colocar toda la energía allí y retirarla de lo demás, de manera que más tarde los aspectos descuidados regresaban como una ola a reclamar su atención y solían abrumarla. Cuando esto pasaba, Alicia solía entrar en lo que llamamos su “modo-avión”, para aludir a un estado en el que cortaba abruptamente todo tipo de comunicación.

Un modo feroz y primario de amar

“¿Por qué la necesidad de dividir?” —podríamos preguntarnos. Chabert (1999) entiende el funcionamiento fronterizo articulado por dos ejes: el de la angustia de separación y el de la sexualidad. Lo que originalmente no se podría procesar en estas organizaciones es la ausencia materna. El infante no lograría darle sentido ni representarla. Por su parte, el eje de la sexualidad, íntimamente relacionado con el anterior, es bien descrito por Mc Dougall (1982). Ella enfatiza que es en

la relación temprana y corporal con la madre donde se encuentra “el prototipo más precoz de la vida sexual venidera” (p. 216). Afirma que la diferencia entre los dos cuerpos produce en el bebé una angustia global, que supone una herida narcisista profunda y es precursora de la angustia que luego despertará la diferencia de los sexos. Lo traumático de esta sexualidad arcaica, concluye, es la vivencia “inevitable de la alteridad y la obligación de asumir una identidad separada” (p. 212).

Según Mc Dougall (1982), en las problemáticas narcisistas, habría una dificultad para manejar los deseos sensuales hacia la madre, que no se logran integrar ni menguar. En consecuencia, no se elaboraría la separación y se perpetuaría una confusión entre interior y exterior (yo y no-yo), entre metas narcisistas y sexuales. Si ese fuera el caso, las relaciones supondrán siempre el peligro de activar ese modo primario de amor, con toda su turbulencia y confusión, con sus sentimientos intensos y polarizados, con el trasfondo de una fantasía de fusión... en suma, con “el sello de la violencia elemental” (p. 216) del amor más primitivo.

Mc Dougall (1982) encuentra que existen dos posibles soluciones para protegerse de los peligros que trae ese feroz modo de amar. Una consiste en la búsqueda incesante de relaciones que puedan recrear la unión fusional y que permitan huir de cualquier experiencia de separación. La otra solución consiste, más bien, en evitar cualquier contacto que pueda despertar el anhelo fusional y la fantasía de perderse en el otro. En este segundo caso, se preferirá bajar el volumen a los propios deseos y necesidades, mantener una velada distancia con los otros, y cultivar la autosuficiencia —y hasta una cierta indiferencia— para protegerse y proteger al objeto de los riesgos que implica la cercanía.

Más adelante, la sexualidad edípica estará atravesada por estos temas. Chabert (1999) sostiene que, si no se ha logrado elaborar la separación con la madre, no se logrará tampoco resolver el Edipo y desexualizar las relaciones incestuosas. Más bien, la situación edípica generará una regresión en la que se revivan fantasmas asociados con la madre, “esa figura imposible de desalojar” (p. 98). La angustia por la diferencia de los sexos llamará a otras angustias más primarias. La cercanía producirá atracción, excitación, dependencia y confusión. El sujeto deberá elegir entre sumergirse en los deseos y fantasías primitivas que despierta la cercanía con el otro, neutralizarlos o banalizarlos. El odio puede convertirse entonces en una estrategia de diferenciación. Odiar al otro permite esquivar los malestares que produce su cercanía y refuerza los límites que lo separan del sujeto.

Se trata de temas complejos y fundamentales para tener en cuenta en el análisis. Trataré de ilustrarlos con algunas viñetas del caso de Alicia.

La dificultad para avanzar entre aguas negras

Durante algún tiempo, Alicia se mostró encantadora: simpática, inteligente, dispuesta a hablar de sus fantasías con un humor mordaz y una dosis de ternura. Quería impresionarme, y se dejaba impresionar por mí y por el análisis. Meltzer (1967) describe una fase de mutua idealización marcada por la búsqueda de contacto, el deleite sensual y la presencia de la belleza. Dice que podría tener por *slogan* “Somos simbióticos” (p. 71). Me hubiera encantado leer este artículo antes. Recuerdo un tiempo en que notaba con sorpresa la coincidencia con que Alicia y yo nos acercábamos a las mismas películas y canciones fuera del consultorio. “Algo tiende a perder su distancia, su diferencia”, me decía a mí misma. Por esos días, las historias de Alicia se cargaban de una sensorialidad que me envolvía. De pronto, me encontraba imaginando la luz amarilla que bañaba las escenas tiernas y graciosas que me contaba de su infancia, o me imaginaba divertida la textura del tul lleno de brillos de un vestido de quinceañera del que me hablaba con humor. La sensorialidad y la belleza estaban muy presentes en nuestras sesiones. Ahora las relaciono con la sensualidad del abrazo materno.

Al cabo de un tiempo de trabajo, Alicia presentaba algunas mejoras cuando aspectos más confusos comenzaron a surgir. De las historias en que la vida o la muerte se mostraban con claridad e intensidad, pasamos a narraciones ambiguas cada vez más difíciles de descifrar. Un día, Alicia habló de unos personajes que cantaban y vestían como mariachis, pero no eran mariachis, eran fans de mariachis. La historia me hizo gracia a la vez que me dejó una sensación un poco inquietante, tal vez, una un poco loca que Alicia sentía cuando las fronteras bailaban hasta hacer tambalear su sentido de realidad. Algo parecido ocurrió cuando escribió una sentida carta de despedida, a modo de nota suicida, que asustó profundamente a su mamá cuando la encontró. Luego de narrarme su contenido en una sesión, me explicó ligera que, en realidad, se trataba de un trabajo que hizo para una clase. “Son y no son mariachis”, pensé yo, “es y no es una carta suicida”. Se desdibujaban los bordes y las fronteras, íbamos y veníamos entre la fantasía y la realidad. Se presentaban elementos de una lógica primaria donde las cosas pueden mezclarse unas con otras.

Meltzer (1967) habla de la relación “pecho-inodoro” (p. 61) como una fase del análisis. La caracteriza como un momento en el que se desdibujan las fronteras, prima lo expulsivo y prevalecen los objetos parciales. En ese contexto, el paciente despliega con su analista una relación de dependencia caótica y opuesta a las tendencias yoicas. Busca gratificaciones tanto genitales como pregenitales. Reinan la confusión y el desasosiego.

En un momento de su análisis, Alicia empezó a faltar con más frecuencia de lo habitual. Yo sentía la tentación de olvidarlo porque, cuando llegaba a sesión,

su conexión con el análisis retomaba toda su vitalidad. Alguna vez, dijo de una amiga suya “Un día, somos todo y al otro, no somos nada” y yo entendí que algo de eso le pasaba conmigo. Tal vez un día, yo era un espejo que la reflejaba o era otra igual a ella, y había una especie de idilio entre nosotras: éramos casi una. Otro día, yo podía ser otra tan separada de ella, tan diferente, que Alicia no le encontraba sentido ni a tratar de explicarme lo que sentía, porque iba a malinterpretarla, porque nunca iba a poder entenderla. Había una gran simultaneidad de contenidos en esas sesiones. Sus palabras y sus afectos parecían moverse y camuflarse con rapidez. Puedo calibrar mejor ahora lo regresivo de ese momento. Un día, hablamos del documental *Mi maestro el pulpo* (Ehrlich, P. y Reed, J., 2020) y ella se detuvo en el hecho de que los pulpos botaran una tinta negra cuando se sentían en peligro. Imaginé la dificultad para moverse en el agua toda negra. Nos preguntamos si, en ciertos momentos, ella hacía algo parecido para protegerse y hasta para proteger al otro.

Casi por casualidad, me enteré un día de que Alicia le había puesto a su gato el nombre de “Ximeno”. Ximeno era el gato chiquito y adorable que ella recogió de la calle varios meses antes, habíamos hablado de él muchas veces. Ximeno también era el gato que resultó ser portador de una enfermedad que mató a la gata mayor que vivía hacía años con Alicia y su familia. Basten esos detalles para ilustrar el amor y el odio que despertaba Ximeno. Cuando me detuve en la elección del nombre, Alicia se apuró a explicarme que se lo tuvo que poner por su cara, como aclarándome que el hecho nada tenía que ver conmigo. Yo decidí jugar el juego y pregunté cómo era la cara de Ximeno. Entonces, ella habló de su elegancia, su belleza, de su perfil egipcio y su gesto amenazante, con un tono que tenía algo seductor y algo agresivo al mismo tiempo. Mientras yo trataba de recuperarme de mi propia sensación de confusión, intuía las distintas caras de la transferencia de Alicia: su hambre del otro, su admiración, su envidia, su rivalidad, el riesgo de matar y ser matada.

Las mil caras de la transferencia

Mi opinión es que zambullirse en el análisis y la transferencia despierta siempre, más tarde o más temprano, esa sexualidad arcaica de la que hablo en este trabajo. Mc Dougall (1982) se detiene a pensar en las demandas de los pacientes actuales y en su relación con problemáticas tempranas. Entiende que esta época produzca sufrimientos diferentes que el tiempo de Freud, pero también considera que la mayor extensión de los procesos analíticos actuales seguramente nos permite acceder a capas de sufrimiento que se encontraban escondidas detrás de la neurosis. A eso podríamos añadir que, gracias a los desarrollos post-freudianos, hoy contamos con más herramientas teóricas y clínicas para identificar estas problemáticas y trabajar con ellas.

Lo cierto es que, allí donde se despierta la transferencia, se agitan las pulsiones libidinales y agresivas con la poca posibilidad de discriminación que tuvieron en un comienzo, en lo que Mc Dougall (1996) llamó “la era del amor caníbal” (p. 21). En ese sentido, cualquier cercanía o sentimiento positivo despertado por la analista puede implicar una seducción que levante viejos fantasmas relacionados con lo materno. Será de vital importancia atender estos aspectos del vínculo analítico. De lo contrario, se dejará de atender una parte importante del trabajo y crecerá el riesgo de una reacción terapéutica negativa.

Es importante recordar aquí que muchas de estas vivencias tempranas no podrán ser comunicadas verbalmente por los pacientes, ya que involucran aspectos inconscientes y previos al uso del lenguaje. Bolognini (2010) señala que, en las sesiones analíticas, existe un alto grado de permeabilidad compartida entre el aparato psíquico de paciente y analista. Describe un ir y venir de contenidos que ocurre más allá del discurso verbal y la conciencia de ambos. De ahí que proponga explorar no solo los pensamientos conscientes que tenemos sobre cada paciente, sino también el material que circula por esos caminos distintos de los marcados por los cauces del proceso secundario y el lenguaje verbal. El autor opina que la labor analítica implica siempre una experiencia parcial de inmersión en el mundo interno del paciente y que no puede llevarse a cabo sin ella.

Por su parte, Botella y Botella (2013) señalan que la reducción de estímulos y la suspensión de acciones indicadas por el encuadre analítico invitan a paciente y analista a entrar en un modo de funcionamiento psíquico parecido al de los sueños que califican como “regrediente” [*“regredient”*] (p. 104). Se trata de un estado que se puede observar cuando nos estamos quedando dormidos: convierte los contenidos en imágenes sensoriales y preserva mucho del pensamiento primario. Tiene algo de percepción, algo de alucinación y algo de representación, sin ser ninguno de ellos. Los autores plantean que, si el analista sabe instrumentalizar este modo de pensar, podrá acceder a memorias olvidadas, contenidos no representados y, en suma, a zonas del paciente que este mismo desconoce. Lllaman “figurabilidad” [*“figurability”*] (p. 107) al proceso en que el analista, más que descubrir una verdad que ya estaba ahí, crea una figura que condensa aspectos del paciente como lo hacen los sueños. Ilustran esta idea diciendo que, trazando líneas entre puntos desconectados e imaginarios en el espacio, el geómetra es capaz de crear una figura.

Estos aportes permiten desarrollar una técnica capaz de recibir y elaborar vivencias tempranas de los pacientes. Existen numerosos autores que convierten las ideas teóricas sobre la infancia temprana en insumos para el desarrollo de una técnica psicoanalítica más completa.

Rousillon (1991) encuentra, en el trabajo con situaciones fronterizas, una necesaria intensificación de la contratransferencia. La observa, por ejemplo, en

el aumento de pensamientos del analista sobre su paciente fuera de sesión. Le parece que, solo desde esa sobreinvertidura de lo contratransferencial, el analista podrá comprender estas organizaciones y entrar en sintonía con ellas. Por eso, recomienda una actitud analítica maleable y de suficiente sumisión, sin que se abandone la labor de observación e interpretación.

En la misma línea, Meltzer (1967) enfatiza la necesidad de que el analista resista la seducción, la agresión y el desasosiego que le son depositados desde las franjas más frágiles de sus pacientes. Nos recuerda que, en los momentos más regresivos, los elementos narcisistas empujarán al sujeto a negar toda necesidad del objeto. Entonces, será como si tuvieran que sentarse a negociar el narcisismo más osado y la dependencia más absoluta. El analista deberá tener la capacidad de tolerar esos momentos turbulentos mientras cultiva la diferenciación, reduce la confusión y ayuda a transitar de la sensualidad a la genitalidad. Esta labor favorece el reconocimiento de la dependencia desde el que se puede construir una autonomía más sólida y genuina.

Por su parte, Green (1999) considera que los estados fronterizos oscilan siempre entre la sensación de “desierto objetal” (p. 39) y la sensación de ser invadido. Por eso, considera que, en esos estados, el silencio analítico más estricto y las interpretaciones más incisivas pueden resultar intolerables. Recomendamos usar, más bien, intervenciones que deriven de lo transicional y que integren distintos aspectos.

Ya Klein mencionaba en 1946 que el trabajo de la transferencia ayuda a colocar fuera de juego los mecanismos más primarios. Allí donde se promueven la diferenciación y la integración, disminuyen la identificación proyectiva masiva, el sadismo, la severidad del superyó y las fantasías persecutorias, con lo cual se puede acceder a un circuito más benigno de funcionamiento mental.

Finalmente, Mc Dougall (1982) habla de cómo la madre debe acercarse a su bebé, invertir su cuerpo y llamarlo a la vida. Así podrá protegerlo de la muerte, tanto en su versión de impulso destructivo como de vuelta a la inercia. También, menciona cómo es necesario que la madre se separe de su bebé, esta vez, para protegerlo de la excitación y para iniciar la actividad psíquica necesaria para construir una subjetividad. Pienso que, en ese juego paradójico de acercarse y separarse, hay un modelo para el trabajo analítico. Solo así, se podrá construir una intimidad y una confianza que puedan luego ceder paso a la diferencia y la terceridad necesarias para la evolución psíquica.

Referencias

- Asociación Estadounidense de Psiquiatría (2013). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (5ª ed.). <https://doi.org/10.1176/appi.books.9780890425596>
- Barthes, R. (2021). *Fragmentos de un discurso amoroso* (Trad. E. Molina). Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1977)
- Bolognini, S. (2011). *Secret passages* (Trad. G. Arkinson). Routledge. (Trabajo original publicado en 2010)
- Botella, C. y Botella, S. (2013). Psychic figurability and unrepresented states. En H. Levine, G. Reed y D. Scarfone (Ed.), *Unrepresented states and the construction of meaning* (pp. 95-121). Karnac Books.
- Casas de Pereda, M. (26-28 de octubre de 2001). *En torno al rol del "espejo". Winnicott, Lacan, dos perspectivas* [Texto corregido]. X Jornadas Winnicottianas, Santiago de Chile, Chile.
- Chabert, C. (2000). Los funcionamientos fronterizos: ¿qué fronteras? (Trad. H. Pons). En A. Green (Ed.), *Los estados fronterizos. ¿Nuevo paradigma para el psicoanálisis?* (pp. 81-102). Ediciones Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1999)
- Chasseguet-Smirgel, J. (1991). *El ideal del yo: ensayo psicoanalítico sobre la "enfermedad de idealidad"* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1973)
- Ehrlich, P. y Reed, J. (Directores). (2020). *My Octopus Teacher* [Mi maestro el pulpo] [Documental]. Craig Foster Production
- Freud, S. (2009). Introducción al narcisismo (Trad. J. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud. Obras completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (2009). Pulsiones y destinos de pulsión (Trad. J. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud. Obras completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (2009). La escisión del yo en el proceso defensivo (Trad. J. L. Etcheverry), *Sigmund Freud. Obras completas* (Vol. XXIII). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1940)
- Green, A. (2000). Génesis y situación de los estados fronterizos (Trad. H. Pons). En A. Green (Ed.), *Los estados fronterizos. ¿Nuevo paradigma para el psicoanálisis?* (pp. 27-59). Ediciones Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1999)
- Klein, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. *The International Journal of Psycho-Analysis*, Vol. XXVII, pp. 99-110.
- Laplanche, J. (2001). *Nuevos fundamentos para el Psicoanálisis. La seducción originaria* (Trad. S. Bleichmar). Amorrortu editores (Trabajo original publicado en 1987)
- Mc Dougall, J. (1987). *Teatros de la mente. Ilusión y verdad en el escenario psicoanalítico* (Trad. M. López Ballesteros). Tecnipublicaciones, S. A. (Trabajo original publicado en 1982)
- Mc Dougall, J. (año trad. 2005). *Las mil y una caras de Eros. La sexualidad humana en busca de soluciones* (Trad. J. Piatigorsky). Paidós. (Trabajo original publicado en 1996)

- Meltzer, D. (1996). *El proceso psicoanalítico*. (Trad. H. Fernández). Ediciones Hormé. (Trabajo original publicado en 1967)
- Rousillon, R. (1995). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. (Trad. I. Agoff). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1991)
- Widlöcher, D. (2000). Clivaje y sexualidad infantil en los estados fronterizos (Trad. H. Pons). En A. Green (Ed.), *Los estados fronterizos. ¿Nuevo paradigma para el psicoanálisis?* (pp. 69-79). Ediciones Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1999)
- Winnicott, D. (1999). *Escritos de Pediatría y psicoanálisis* (Trad. J. Beltrán). Paidós. (Trabajo original publicado en 1958)

Resumen

En este trabajo, se hace una reflexión sobre la relación más temprana con la madre y el modo primario de amar que la caracteriza. Se exploran las delicias y los peligros del abrazo materno. Se plantea la necesidad de que este abrazo termine para que cada quien pueda construir una identidad propia y pueda insertarse en el mundo con los otros. Y se imagina la construcción del yo y de los mecanismos que afectan su unidad en este complejo escenario. En esa línea, se considera la construcción de la subjetividad como una consecuencia de la experiencia de la alteridad. Finalmente, se propone que estas problemáticas pueden observarse y trabajarse en la relación transferencial, y se utilizan algunas viñetas clínicas para ilustrar los conceptos revisados.

Palabras clave: amor primario, clivaje, diferenciación, sexualidad, transferencia, yo

Abstract

This work reflects on the earliest relationship with the mother and the primary mode of loving that characterizes it. It explores both the delights and dangers of the maternal embrace. The need for this embrace to come to an end is proposed, so that each individual can build their own identity and be able to engage with others in the world. The construction of the self and the mechanisms that affect its unity are imagined within this complex scenario. In this vein, subjectivity is considered as a consequence of the experience of otherness. Finally, it is proposed that these issues can be observed and worked through in the transference relationship, and some clinical vignettes are used to illustrate the concepts discussed.

Key words: primary love, primary love, primary love, sexuality, self